

**1. Leer** – Lea los versos despacio y con devoción, varias veces. Escriba cualquier palabra o frase que haya resonado más en su mente y corazón:

**2. Meditar** – Ahora, comience a reflexionar sobre los versos leídos y pregúntele a Dios qué quiere decirle a través del pasaje bíblico. **¿Señor, que me estás diciendo con esto?**

**3. Reza** – Responde desde tu corazón a lo que Dios te ha estado hablando. **¿Qué es lo que quieres decirme?** Escribe tu oración al Señor o anota lo que sientas te ha hablado.

**4. Contempla** – Quédate en silencio y disfruta de Su Paz y Su Presencia. **¿Cómo esta Dios llamándote a actuar en respuesta a lo que te ha mostrado y enseñado?**

[1] Efesios 4:1-6

[2] 1 Corintios 12:12-13

[3] Lucas 23:46

[4] El Orden de la Misa – Profesión de Fe

[5] Catecismo de la Iglesia Católica, 1817

[6] Ibid

[7] CCC - Glosario

[8] Ibid

[9] El Orden de la Misa – Profesión de Fe

**SIGN UP free for  
Link to Liturgy**



# ¡Conexión Directa!

¿Qué dice el Evangelio según Juan 14:23-29 pg. 1  
¿Qué dice la Iglesia del pasado y el presente? - pg. 2-3  
¿Qué te dice Dios a través de este pasaje? - pg. 4

## Lectura del Evangelio – Juan 14:23-29 – Misal Romano

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "El que me ama, cumplirá mi palabra y mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos en él nuestra morada. El que no me ama no cumplirá mis palabras. Y la palabra que están oyendo no es mía, sino del Padre, que me envió. Les he hablado de esto ahora que estoy con ustedes; pero el Paráclito, el Espíritu Santo que mi Padre les enviará en mi nombre, les enseñará todas las cosas y les recordará todo cuanto yo les he dicho.

La paz les dejo, mi paz les doy. No se la doy como la da el mundo. No pierdan la paz ni se acobarden. Me han oído decir: 'Me voy, pero volveré a su lado'. Si me amaran, se alegrarían de que me vaya al Padre, porque el Padre es más que yo. Se lo he dicho ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda, crean".

## Lectura Espiritual – Oficio de Lecturas

Del Comentario de san Cirilo de Alejandría, obispo, sobre la segunda carta a los Corintios *Dios nos ha reconciliado por medio de Cristo y nos ha confiado el ministerio de esta reconciliación*

Los que poseen las arras del Espíritu y la esperanza de la resurrección, como si poseyeran ya aquello que esperan, pueden afirmar que desde ahora ya no conocen a nadie según la carne: todos, en efecto, somos espirituales y ajenos a la corrupción de la carne. Porque, desde el momento en que ha amanecido para nosotros la luz del Unigénito, somos transformados en la misma Palabra que da vida a todas las cosas. Y, si bien es verdad que cuando reinaba el pecado estábamos sujetos por los lazos de la muerte, al introducirse en el mundo la justicia de Cristo quedamos libres de la corrupción. Por tanto, ya nadie vive en la carne, es decir, ya nadie está sujeto a la debilidad de la carne, a la que ciertamente pertenece la corrupción, entre otras cosas; en este sentido, dice el Apóstol: Si en un tiempo conocimos a Cristo según la carne, ya ahora no es así. Es como quien dice: La Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros, y, para que nosotros tuviésemos vida, sufrió la muerte según la carne, y así es como conocimos a Cristo; sin embargo, ahora ya no es así como lo conocemos. Pues, aunque retiene su cuerpo humano, ya que resucitó al tercer día y vive en el cielo junto al Padre, no obstante, su existencia es superior a la meramente carnal, puesto que ya no muere, la muerte no tiene ya poder sobre él; su muerte fue un morir al pecado de una vez para siempre, mas su vida es un vivir para Dios. Si tal es la condición de aquel que se convirtió para nosotros en abanderado y precursor de la vida, es necesario que nosotros, siguiendo sus huellas, formemos parte de los que viven por encima de la carne, y no en la carne. Por esto, dice con toda razón san Pablo: El que es de Cristo es una criatura nueva: lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha co-

menzado. Hemos sido, en efecto, justificados por la fe en Cristo, y ha cesado el efecto de la maldición, puesto que él ha resucitado por librar-nos, conculcando el poder de la muerte; y, además, hemos conocido al que es por naturaleza propia Dios verdadero, a quien damos culto en espíritu y en verdad, por mediación del Hijo, quien derrama sobre el mundo las bendiciones divinas que proceden del Padre. Por lo cual, dice acertadamente san Pablo: Todo esto se lo debemos a Dios, que nos ha reconciliado por medio de Cristo, ya que el misterio de la encarnación y la renovación consiguiente a la misma se realizaron de acuerdo con el designio del Padre. No hay que olvidar que por Cristo tenemos acceso al Padre, ya que nadie va al Padre, como afirma el mismo Cristo, sino por él. Y, así, todo esto se lo debemos a Dios, que nos ha reconciliado por medio de Cristo, y nos ha confiado el ministerio de esta reconciliación.

### **Paz: Unidad en Uno – Lección y Discusión**

*“La paz les dejo, mi paz les doy”*

San Pablo habla de unidad en su carta a los Efesios y de cómo la unión viene en la unidad. “Yo, el prisionero de Cristo, les exhorto, pues, a que se muestren dignos de la vocación que han recibido. Sean humildes, amables, comprensivos, y sopórtense unos a otros con amor. Mantengan entre ustedes lazos de paz y permanezcan unidos en el mismo espíritu. Un solo cuerpo y un mismo espíritu, pues ustedes han sido llamados a una misma vocación y una misma esperanza. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está por encima de todos, que actúa por todos y está en todos.”[1]

### **¿Cuales son las siete áreas de unidad de las que habla San Pablo?**

**Un Cuerpo** – Solo hay un Cuerpo, el Cuerpo de Cristo el cual fue crucificado, murió, y fue enterrado y resucitó de entre los muertos al tercer día. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo, y ya que hay un solo Cuerpo, hay solamente una Iglesia. “Las partes del cuerpo son muchas, pero el cuerpo es uno; por muchas que sean las partes, todas forman un solo cuerpo. Así también Cristo. Hemos sido bautizados en el único Espíritu para que formáramos un solo cuerpo, ya fuéramos judíos o griegos, esclavos o libres. Y todos hemos bebido del único Espíritu.”[2]

**Un Espíritu** – Desde la cruz, colgaba el Único Cuerpo, y Jesús gritó muy fuerte: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”[3] Solo puede haber un Espíritu, porque solo hay Un Cuerpo, Jesucristo, quien encomienda Su Espíritu. En el Credo de Nicea profesamos: “Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas.”[4]

**Una Esperanza** – La esperanza “es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo.”[5] Hay un solo cielo, un solo objetivo, una sola meta y se nos ha dado la Iglesia para que podamos tener los medios ordinarios de la Gracia necesaria para alcanzar este objetivo.

**Un Señor** – Conocemos, amamos y servimos a un solo Señor, Jesucristo. En el Credo de Nicea, la mayoría del credo consiste en nuestra profesión sobre quien es el Único Señor. “Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.” [6]

**Una Fe** – La fe es “ambos, un regalo de Dios y un acto humano por el cual el creyente da adhesión personal a Dios quien invita su respuesta, y libremente asiente a la verdad completa que Dios ha revelado. Es esta revelación de Dios la que la Iglesia propone para nuestra creencia, y la cual profesamos en el Credo, celebramos en los sacramentos, vivimos de acuerdo con la conducta correcta que cumple el doble mandamiento de la caridad (como se especifica en los diez mandamientos), y responde a nuestra oración de fe. La fe es ambas, una virtud teologal dada por Dios como gracia, y una obligación que brota del primer mandamiento.”[7] Jesucristo es la “verdad completa” que Dios ha revelado. Cristo fundó una Iglesia en la cual la “verdad completa” es enseñada, profesada, celebrada, vivida, y adorada.

**Un Bautismo** – El bautismo es “el primero de los siete sacramentos y la puerta que abre el acceso a los otros sacramentos. El Bautismo es el primero y principal sacramento del perdón de los pecados porque nos une a Cristo quien murió por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación. El Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía constituyen los ‘sacramentos de iniciación’ por los cuales el creyente recibe el perdón del pecado original y personal; el nacimiento a la vida nueva como miembro de Cristo y del Espíritu Santo, y es incorporado a la Iglesia, Cuerpo de Cristo. El rito esencial del Bautismo consiste en sumergir en el agua al candidato o derramar agua sobre su cabeza, pronunciando la invocación de la Santísima Trinidad, es decir, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.”[8] Hay un solo bautismo; por lo tanto, si una persona es bautizada con agua y con la invocación de la Santísima Trinidad en una comunidad eclesial, no serán bautizados de nuevo si desean entrar en la plenitud de la Iglesia.

**Un Dios** – Tenemos un solo Dios que llamamos “Padre Nuestro” por orden de Jesús. Hay un solo Padre; por lo tanto, todos somos hijos del mismo Padre y somos hermanos y hermanas unos con otros. Profesamos en el Credo de Nicea, “Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.”[9] Dios es la fuente de todo bien, por lo tanto, privarnos de Dios es privarnos del bien.